

TELEGRAMA

México, D. F., febrero 19 de 1932.

Sra. María T. Vda. de Obregón.
Ciudad Obregón, Son.

Con mucho cariño y veneración se recuerda en mi hogar esta fecha que antes fuera de verdadero regocijo tanto para ustedes como para nosotros PUNTO Saludámoslos cariñosamente.

Fernando Torreblanca.

Franquicia 3.

con

TELEGRAMA

México, D. F., febrero 19 de 1932.

Sra. María T. Vda. de Obregón,
Ciudad Obregón, Son.

Con todo cariño recordamos mis hijos y yo esta fecha,
enviando a usted y los suyos un cariñoso saludo.

Dr. Edmundo Torreblanca.



TELEGRAFOS NACIONALES

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAMA



Chapultepec, 19 Feb/1932.

Depositado _____

Recibido _____

Sr. Don.
 Fernando Torreblanca,
 Secretaria Relaciones.
 C i u d a d.

Con veneración y cariño muy respetuoso recuerdo este día.
 Saludo a usted atentamente.

Francisco Estévez Escamilla.

Todo telegrama debe llevar el sello de la Oficina.

Lea Ud. el reverso; le interesa conocer los diferentes servicios que le ofrece el Telégrafo.



TELEGRAFOS NACIONALES

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAMA

 SELLO
DE LA OFICINA

NJ-53 NUM 8-26/7.80 SF DM PASE UNO

TC OBREGON SON 28 FEB D 12

FERNANDO TORREBLANCA

GUADALAJARA 104 CIENTO CUATRO

MEXICO D F



MUCHO AGRADEZCO SU MENSAJE SIENDO PARA MI GRAN CONSUELO QUE EL DIA
DE ALVARO SE RECUERDE CON VENERACION Y CARINO EN SU HOGAR.
SALUDAMOSLOS MUY CARINOSAMENTE

MARIA T VDA DE OBREGON..

Todo telegrama debe llevar el sello de la Oficina.

Lea Ud. el reverso; le interesa conocer los diferentes servicios que le ofrece el Telégrafo.

Mayo 2 de 1932.

Señor Gral. Joaquín Amaro,
Director del Colegio Militar.
San Jacinto, D. F.

Muy estimado y fino amigo:

Muy grata impresión me ha causado el contenido de su apreciable carta de 9 de abril último, pues veo que usted, como uno de los elementos que lucharon por el triunfo de la Revolución y que tuvo la satisfacción, como yo, de tratar en lo personal al señor Gral. Obregón, conserva latente el recuerdo de sus grandes dotes de amigo y gobernante.

Desde luego debo decir a usted que alabo y me parece del todo acertada la idea que ha tenido, de conmemorar el IV aniversario de la muerte del Gran Estadista, publicando en esa fecha, como homenaje muy merecido de admiración y cariño, todos los discursos por él pronunciados durante su actuación revolucionaria, ya que ellos fueron inspirados dentro de las más puras intenciones de bienestar para la Patria. Esta iniciativa de usted, es sin duda la forma más elocuente y efectiva de rendir tributo a su memoria, difundiendo sus sanos -- principios y los hechos que realizó en el transcurso de su -- brillantísima y excepcional carrera militar, política y civilista, con objeto de que nuestra juventud revolucionaria, médula del futuro de México, tome ejemplo de esas enseñanzas -- que simbolizan los más caros anhelos que tuvo el Ilustre Desaparecido, de mejorar la condición social de nuestro pueblo.

Lo que lamento sinceramente en este caso, es -- no poder proporcionar a usted todos los documentos que me pide -- pues únicamente poseo los que por conducto de mi hermano -- Enrique, tuve ya al gusto de enviarle; y aunque efectivamente, por el hecho de haber sido secretario particular del Gral. -- Obregón y haber conservado además un contacto personal y familiar íntimo, hasta su muerte, deberían obrar conmigo muchos -- e importantísimos datos de los que usted ahora solicita para -- publicarlos, en virtud de lo inesperado de aquella tragedia, -- hubo necesidad de recoger su archivo y demás documentos precipitadamente y remitirlos desde luego a su viuda, la señora María Tapia de Obregón. Sin embargo, me permito sugerir a usted que para completar más la documentación requerida se dirija al señor Lic. Aarón Samá, quien como Presidente que fue -- del Centro Director Obregonista, debe contar con un interesan

te legajo de los trabajos desarrollados durante la última campaña electoral, en que el Ilustre Caudillo ofrendó su vida.

Con la misma estimación de siempre saludo a usted, y quedo su afectísimo amigo y seguro servidor.

TELEGRAMA

México, D. F., mayo 13 de 1932.

Sra. María T, Vda. de Obregón,
Ciudad Obregón, Son.

Acabo recibir su mensaje al mismo tiempo que llegó a manos Enrique poder general amplísimo sirvióse usted mandar PUNTO Ya -- ocupome de este asunto para procurar dejar firmada escritura cancelación antes mi salida como ofrecíome formalmente ayer tarde Se cretaria Hacienda PUNTO Yo había pensado al principio hacer mi viaje vía Nogales para detenerme en Nainari con ustedes un tren y poder despedirme, pero premura tiempo ha impedíome cumplir este deseo PUNTO En caso de que no esté de regreso oportunamente para mediados julio, mi hermano Enrique irá en mi representación a Huatabampo día diecisiete dicho mes, y yo de todas maneras procuraré -- a mi regreso pasar por esa PUNTO Seguiréme comunicanco con usted hasta día mi salida y mientras tanto envíoles muy cariñosos saludos.

Fernando Torreblanca.

Franquicia 3.

cam

La Dirección General de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal, atentamente invita a usted (es) a las ceremonias que, en conmemoración del aniversario de la muerte del Sr. General Álvaro Obregón, se efectuarán el día 17 del actual, de acuerdo con el programa adjunto.

México, D. F., julio de 1932.

El Jefe del Departamento,

Vicente Estrada Cajigal

El Director General de Acción Cívica,

José Dámaso Fernández

*A las 10 horas, frente a la casa donde
vivió el Gral. Alvaro Obregón*

[Av. Alvaro Obregón No. 185]

PROGRAMA

- I.—Dos llamadas de Honor.
- II.—Obertura por la Banda de Policía.
- III.—“Elegía”. Miguel Martínez Rendón. Recitada por su autor.
- IV.—Orfeón de la Escuela Popular N. de Música.
- V.—Pieza de música por la Banda.
- VI.—Discurso del Sr. Lic. Alfonso Romandía Ferrera.
- VII.—Pieza de música por la Banda.
- VIII.—Juramento de morir por la Patria, por los alumnos de las escuelas dependientes de la Dirección General de Acción Cívica.
- IX.—Dos llamadas de Honor.
- X.—Himno Nacional.

*A las 12 horas, en el monumento del
General Obregón en Mixcoac*

- I.—Pieza de música.
- II.—Poesía recitada por su autor, Sr. Emilio Uribe y Romo.
- III.—Pieza de música.
- IV.—Discurso del Sr. Agustín Haro y Tamariz, del B. O. I.
- V.—Depósito de ofrendas florales. Guardia de Honor.
- VI.—Himno Nacional.

A las 13 horas, en “La Bombilla”

(Acto organizado por un grupo de amigos del señor General Obregón).

- I.—Obertura “La Gruta de Fingal”. Mendelssohn. Banda Especial No. 2 de la Secretaría de Guerra y Marina.
- II.—Ruego Heroico. Homenaje a Obregón por su autor, licenciado Don Antonio Médiz Bolio.
- III.—Marcha Heroica. Saint-Saens, Gran Coro a 4 partes mixtas, con acompañamiento de Banda. Dirección del maestro Jesús Reynoso Aráoz.
- IV.—Discurso. Licenciado Don Ezequiel Padilla.
- V.—Himno a la Revolución. J. R. Aráoz y R. Ordóñez. Gran Coro de la Escuela Popular Nocturna de Música, con acompañamiento de banda de música, banda de guerra y trompetas egipcias. Director, maestro Jesús Reynoso Aráoz.

DISCURSO

DEL SEÑOR GENERAL

FRANCISCO J. AGUILAR

Director de la Escuela de Aplicación de Jefes y Oficiales de las Tres Armas, pronunciado en representación del Ejército en la velada que organizó el Partido Nacional Revolucionario en el "Teatro Iris" el día 17 de julio de 1932, para conmemorar el IV aniversario de la muerte del

GRAL. ALVARO OBREGON

(Versión taquigráfica de Porfirio Labastida, Campeón de Taquigrafía en México.)



TALLERES GRAFICOS DE LA NACION

MEXICO,—1932

DISCURSO

DEL SEÑOR GENERAL

FRANCISCO J. AGUILAR

Director de la Escuela de Aplicación de Jefes y Oficiales de las Tres Armas, pronunciado en representación del Ejército en la velada que organizó el Partido Nacional Revolucionario en el "Teatro Iris" el día 17 de julio de 1932, para conmemorar el IV aniversario de la muerte del

GRAL. ALVARO OBREGON

(Versión taquigráfica de Porfirio Labastida, Campeón de Taquigrafía en México.)



TALLERES GRAFICOS DE LA NACION
MEXICO.— 1932

NO esperéis, señores, oír de mi boca la palabra alada que arrebatada, ni la vana y hueca tirada lírica; sólo vengo, vibrante de entusiasmo y con el corazón desbordante de sinceridad, a expresar mis sentimientos libremente y con franqueza, hasta donde creo lealmente ser el eco de los sentimientos del Ejército.

Ciertamente, quisiera yo ser capaz en este momento de expresar por medio de la palabra toda la fuerza de mi pensamiento; quisiera disponer del truco mágico de la pantalla con el mi-

lagro del vitáfono sincronizado, juntamente con todo el efectismo del escenario, para poder evocar, siquiera vagamente, la epopeya obregónica. Porque para los que hemos sido actores en el gran drama nacional, evocar la figura de ese formidable caudillo mexicano de la frase lapidaria y de la acción aplastante, cuyo solo nombre parece sugerir el estallido de una arma de fuego y cuya recia figura física recordaba la agresividad del bizonte; para el Ejército, evocar esa figura, es volver a oír el estampido de los cañones, el redoblar de los tambores, el fragor del combate; es volver a ver manos de parias que se levantan, reivindicaciones sociales que se consuman; es, señores, en una palabra, ver y oír clarinadas de victoria, presenciar desfiles triunfales; es recordar el período romántico de la época contemporánea.

Es volver a imaginarse al Ejército Federal, guiado por ex alumnos del Colegio Militar de Chapultepec, que olvidando sus deberes, haciéndose eco de sofisticos argumentos y basándose en principios de una mecánica obediencia ciega, inadmisibile, por ser ajena a la esencia misma de la humana naturaleza, y lo que es más, desentendiéndose de las realidades del momento, que ni en esa forma justifican su proceder, convertidos en jefes y oficiales de un ejército pretoriano, se constituyeron —en su mayoría— en ENTUSIASTAS sostenedores del más bastardo de los regímenes y del más abyecto de los usurpadores. Es imaginarse a ese Ejército, reforzado con los traidores del maderismo, con los que apenas consumado el atentado, se convirtieron, serviles, en soldados mercenarios, y buscando acomodamientos personales, se

apresuraron a dirigir desde lejanas tierras rimbombantes telegramas al chacal, ofreciéndole, menguados, sus servicios a lo que ellos llamaron el orden y la legalidad. Reforzados por los primeros tránsfugas de la Revolución, que hoy pretenden confundirse con los grandes iluminados, que siendo en sí la razón misma de ser de la Revolución y que si combatieron a Madero o a Carranza fué por lo que de radicalismo les faltaba a estos reformadores, y no como ellos, que si los combatieron, fué precisamente por lo que de radicales tenían esos caudillos. Es imaginarse a ese Ejército retroceder, dar media vuelta y, finalmente, desbandarse ante el empuje de las muchedumbres gloriosas y patrióticas de obreros y campesinos, guiadas con mano firme y segura por los golpes de genio del invicto caudillo cuyos hechos hoy rememoramos.

Los que como yo, por razones meramente geográficas y no por razones éticas ni por razones de orden político o filosóficas difíciles de dilucidar hasta la fecha, combatimos posteriormente en campo contrario a las órdenes de Francisco Villa, de ese feroz guerrillero, hijo legítimo del pueblo mexicano y brote genuino de este suelo que a cada momento, en las etapas de nuestra historia produce hombres viriles, no podemos menos de recordarlo aterrado, sorprendido de sí mismo y de la suerte de las armas, al sentir el genio del General Obregón que, con sus estoicos yaquis, inexorable como el destino, avanza sobre sus propias huestes que al igual que al Ejército Federal, retroceden, dan media vuelta y, finalmente, se desbandan a su paso. Porque es necesario decirlo, y decirlo sin reparos: el genio militar del General Obregón se con-

firmó en los campos de Celaya, de Trinidad y del Guaje, precisamente por haber vencido en lucha desigual al indomable guerrillero, al más grande que hayan producido las Américas en todo tiempo, y comparable, para orgullo del espíritu bélico nacional, a los más grandes guerreros improvisados que recuerda a los guerreros bárbaros de los tiempos de la antigua Roma. Y es necesario declarar, y lo declaramos con pleno conocimiento de causa: que el General Obregón, a despecho de los que añorando las épocas porfirianas sólo saben admirar grandezas en las figuras extranjeras, fué un genio completo, comparable — toda proporción guardada— con el mismo Napoleón y a cualquiera de los grandes capitanes de la historia. (Aplausos nutridos.) (Voces: ¡Viva el General Obregón!)

En efecto, señores, examinamos sus brillantes campañas y las encontramos, ante todo, apegadas al arte y a la ciencia de la guerra. En rápida síntesis, como ante la pantalla cinematográfica, recorreremos los hechos pasados y recordamos al modesto Presidente Municipal de Huatabampo, que al ver pasar a los primeros maderistas siente sonrojos, siente vergüenza de que otros ciudadanos se le hayan adelantado en el cumplimiento del deber; pero, al mismo tiempo, como los grandes videntes, tiene la intuición de que dentro de sí mismo lleva al que ha de ser caudillo máximo de la Revolución, al llamado a asestar los golpes más rudos y definitivos a la reacción, y saliendo de su recogimiento, como una fiera de un salto se coloca en primera línea y vemos cómo bien pronto se impone su personalidad. De modestos obreros

que trabajan en las minas, como Benjamín G. Hill, Juan José Ríos, Diéguez, Cabral y otros, improvisa bravos capitanes; arma muchedumbres, las organiza y, con mirada de águila, asesta los primeros golpes a los generales fantoches que traen tras de sí un ejército de forzados y de presidiarios, y en tres meses limpia el Estado de Sonora de federales y se hace dueño de la situación. Emulando las batallas de los grandes capitanes que arrojan al enemigo contra las superficies heladas de los lagos mansurianos, Obregón se posesiona rápidamente de los aguajes del enemigo, y en Santa María y Santa Rosa, forzando al enemigo a morir de sed, lo obliga a que se rinda a discreción.

Conforme a los dictados de la táctica, que él nunca ha estudiado, que prescriben que no se gasten las tropas en

ataques fútiles y frontales en una posición fuerte, sino que se la rebase o se la envuelva, Obregón deja cubiertos Guaymas y Mazatlán, e inicia su avance hacia el Sur; se apodera de Tepic, se presenta en Guadalajara y en Orendáin concibe la maniobra; y antes de que el enemigo lo advierta, ya tiene colocadas a su retaguardia las caballerías de Lucio Blanco y de Miguel Acosta, que caen como águila caudal sobre su presa y desbaratan a Mier en el Castillo. Sigue su marcha hacia el Sur, y en Teoloyucan el Ejército Federal se rinde y acepta las condiciones que se le imponen, reconociendo la superioridad del caudillo.

La Reacción, el Clero, los enemigos tradicionales y también miembros del ejército vencido, que timadores del orden cerrado y de la rutina del trámite y de los detalles, se infiltran en am-

bos bandos, inician su labor de zapa, gangrenan el organismo y logran dividir a la Revolución.

¡Ambas huestes, viriles y potentes, ambas acostumbradas a triunfar! ¡La guerra se enciende de nuevo! Francisco Villa, el guerrillero que, según sus propias palabras, cuando lanza sus huestes sólo Dios se las detiene, aprovechando la sorpresa, enorme factor de la victoria, toma la iniciativa; se apodera de la capital, y rápido y fulmineo en Ramos Arizpe y en Sayula, asesta los primeros golpes. De nuevo el General Obregón tiene la intuición del arte y de la ciencia de la guerra: se repliega, organiza, medita, abastece, concibe y, finalmente, determina; y nuevamente, inexorable como el destino, avanza. El General Obregón ha abandonado los métodos de los combatientes nómadas, y aprovechando el terre-

no que organiza, enclava sus infanterías yaquis en la trinchera. Francisco Villa es el huracán, el representativo típico del bárbaro; ha perdido los bártulos, y su misión como instrumento popular de reivindicación social, ha dejado de tener razón de ser. Se produce el choque, y ante la concepción del genio, cuando todo se cree perdido, surge el milagro y se realiza la estupenda victoria de Celaya. Todavía, en un esfuerzo postrero, el guerrillero manda audaz columna de caballería que pase a retaguardia a interrumpir las comunicaciones del General Obregón, y en épicas jornadas, más notables que los raids de Sheridan en la Guerra de Secesión, consiguen su objeto, y de nuevo el General Obregón, emulando a los grandes capitanes, que como Foch en la Guerra Europea, dice: "Soy el más débil; por lo tanto, ataco," el Ge-

neral Obregón, que se encuentra en situación crítica, con una población flotante de cuarenta o cincuenta mil almas, con las líneas de abastecimiento cortadas, tiene la concepción de la estrategia: hace presión sobre Aguascalientes, plaza fortificada y perfectamente atrincherada, la toma por asalto y restablece sus comunicaciones por Tampico y San Luis con Veracruz, su Cuartel General y fuente de abastecimiento.

Termina la jornada. El caudillo se convierte en glorioso mutilado, y rompiendo la secuela triste que nos agobia, no asalta el poder, sino que, cual nuevo Cincinato, se retira cerca de los baluartes del Bacatete a sembrar la tierra y a esperar que suene la hora en que él deba regir los destinos del país. Se acerca esa hora, y entonces presenciaremos el verdadero drama revolucio-

nario: el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el heroico caudillo que del fango recogió la bandera de la legalidad, flaquea, comienza el período de las claudicaciones, y el General Obregón, cual nuevo Napoleón en su marcha a París en el período de los cien días, avanza arrollando todos los obstáculos que se le oponen y, llamado unánimemente por el pueblo como un segundo Madero, se convierte en el Primer Mandatario de la Nación. Cumple un programa netamente revolucionario, satisface las aspiraciones populares y crea un Ejército.

Termina su mandato y, confiado, seguro de la lealtad, del patriotismo y de la capacidad de su sucesor, por segunda vez sienta saludable precedente histórico, rompe la abyecta tragedia de nuestra historia, y realiza el milagro de la trasmisión pacífica del poder, y por

segunda vez se retira a los baluartes del Bacatete a sembrar la tierra y a dar pruebas de civismo.

Otra vez, ante el imperativo de ser el único que garantiza la consecución del programa revolucionario desarrollado y llevado a la práctica por su antecesor, el más grande de los Estadistas que haya tenido México desde los tiempos de la Colonia hasta nuestros días, el General Plutarco Elías Calles, la Nación llama al General Obregón, y muy contra su voluntad, reaparece en el horizonte político de nuestra patria, y aquí comienza su cruento sacrificio. Cuando el General Obregón, como en la pasión de Cristo, es negado hasta por sus mejores discípulos, cuando se encuentra casi solo en la selva oscura de la vida —como en la alegoría del Dante—, aparece la loba famélica, la loba artera que a nadie per-

dona, la fiera con que el excelso poeta quiso representar a la Curia romana, la fiera que, destrozadas las entrañas por el despecho y haciéndole honor a sus antepasados los Borgias y los Médicis, arma la mano del fanático asesino que asesta traidor y artero golpe mortal por la espalda del caudillo. Consecuentes con su complejo religioso basado en la doctrina de Cristo, que ha dicho: "Matarán al pastor y se desbandarán las ovejas," la clerigalla cree haber desorganizado a la Revolución; pero olvida que existe un Plutarco Elías Calles, quien esta vez, con mano férrea y sin contemplaciones, estrangula el cuello de la fiera artera. Contemporáneamente el Ejército pasa por su máximo sacrificio.

Esta vez no va en épicas jornadas a librar epopéyicas batallas; sino que por riscos y montañas va a presentár

su pecho franco y viril a las balas enemigas que traidoras se esconden en emboscadas; a luchar contra la jauría azuzada por los curas y ¡oh, dolor!, también por nuestras aristocráticas damas, que teniendo su conciencia hipotecada por el fraile, sólo mandan al matadero a los hijos de los pobres. (Aplausos ruidosos.)

Siguiendo los ejemplos que le ha dado su creador, de este tamiz histórico, de esta escuela de sacrificio, el Ejército Nacional emerge hoy depurado, homogéneo, unido, presentando un solo frente y perfectamente identificado con la vida funcional de la nación. El Ejército Nacional se presenta hoy con plena confianza en sus jefes. Tiene confianza en un Plutarco Elías Calles que se declara paladín de la vida institucional y que mantiene la unidad revolucionaria; tiene confianza plena

en su jefe nato, el C. Presidente de la República, que declara que no se dará un solo paso atrás en las conquistas obreras y campesinas de la Revolución que con abnegación patriótica resiste todos los embates de todos los enemigos, que, hay que decirlo, señores, pretenden hacer de él un segundo Presidente blanco de modalidades reaccionarias, como Francisco León de la Barra; que pugnan por convertirlo en instrumento de intereses bastardos, como hicieron con Francisco Villa, y que desearían convertirlo en un infidente, como a Adolfo de la Huerta; pero cuyos esfuerzos se estrellan de continuo, ante la integridad revolucionaria del dignísimo mandatario. (Aplausos ruidosos.) El Ejército se siente vivificado por ejemplos como los del General Amaro, que como los ciudadanos ilustres de las naciones civiliza-

das, como el Almirante Togo, que después de Puerto Arturo sólo pide al Imperio ser profesor de escuela; terminada su misión en la Secretaría de Guerra, dedica todas sus energías a las actividades pedagógicas y, con elementos de la juventud militar revolucionaria, forma la Escuela Superior de Guerra, la Escuela de Aplicación de Jefes y Oficiales, las Escuelas de Aplicación y Formación del Ejército, de todas las armas y servicios que, en una palabra, constituyen la Universidad Militar, de donde saldrán, no los futuros caudillos ni los ciudadanos armados, improvisados militarmente por la fuerza de las circunstancias, sino los militares preparados, de virtudes ciudadanas, que debidamente identificados con el pueblo, con sus necesidades y con sus aspiraciones, serán el sostén

consciente de las instituciones emanadas del mismo pueblo.

El Ejército tiene confianza en todos sus jefes. En sus hombres públicos; en hombres como el General Pérez Treviño, que dirige la política nacional y se siente plenamente identificado en espíritu con el Partido Nacional Revolucionario que preside, y que labora por los postulados, por los que el Ejército tanta sangre ha derramado. (Aplausos prolongados.)

Y en tan solemne ocasión, el Ejército recoge las palabras vertidas por el ciudadano Primer Magistrado en el seno del Colegio Militar, cuando dijo: "Es necesario que nosotros los veteranos que combatimos a los esbirros de la Dictadura, nos enfilemos a la retaguardia, para dar paso franco a la vigorosa juventud revolucionaria que se perfila." La juventud militar revolu-

cionaria recoge esas palabras para hacer profesión de fe. La juventud militar revolucionaria será la que, basada en principios de orden técnico, científico y jurídico de Orgánica Militar, hará que el Ejército Mexicano cambie de una vez para siempre la fisonomía que a través de nuestra historia casi siempre ha tenido: la de un Ejército de Legionarios, organizado ni más ni menos que a la romana, escalón para las magistraturas e instrumento de ambiciosos, en donde a cada paso se presenta la posibilidad de que un nuevo Mario, un nuevo Sila o un nuevo César, estén dispuestos a atravesar el Rubicón en su marcha hacia Roma para disolver asambleas y encarnar al Estado. La juventud militar revolucionaria será la que logre en el futuro, sea imposible que se produzca el fenómeno de que un nuevo Breno pretenda

inclinarse el fiel de la balanza, arrojando sobre uno de sus platillos todo el peso de su espada o de su poder, en contraposición del peso de los principios. (Aplausos nutridos.)

Esto quiere decir que ya el espectro del 18 Brumario no se cierne sobre los ciudadanos de cualquiera de los partidos, ni la espada de Damocles está suspendida sobre sus hombros cuando en el ejercicio de la función cívica se encuentren reunidos en una asamblea, llámese Convención, Partido Político o Parlamento.

Pero el Ejército que así, tan cumplidamente garantiza hoy la paz de la República, la soberanía de la nación, la función democrática y la vida institucional del país, será también el que si en el futuro, por razones de la lucha cívica, por razones políticas o meramente de interés personal, elementos

de su propio seno o extraños a él, pretendiesen dividirlo y arrastrarle en sus respectivas facciones, se verán definitivamente defraudados en sus esperanzas y sentirán sobre sus espaldas el latigazo de la lealtad. (Aplausos nutridos.)

Y es así cómo el Ejército viene hoy, rebozante de alegría, a rendir pleito homenaje a la figura del patriota caudillo, que cada día, que a cada momento crece y se agiganta; cuyos hechos llenan páginas gloriosas de nuestra historia y cuyo espíritu, flotando en este recinto caldeado de patriotismo, nos recuerda que es en sus principios e ideales en los que la Revolución debe seguir inspirándose, y así juramos hacerlo, a despecho de todos y de todo. (Aplausos prolongados.)

El Nacional
domingo 17 de
Julio de 1935 E

La Cúspide y la Base de la Pirámide Revolucionaria

Por el Lic. J. Castillo Torre

DESDE el día en que el espíritu del general Alvaro Obregón dejó las cosas de esta tierra para ir a dialogar en el espacio invisible con las aimas, acogiéndose a la hazaña aislada; los juanes no están aristocráticos, eterna paz que a todos nos dará la silenciosidad en los ángulos del pensamiento nacional y su recuerdo perdura en la conciencia pública.

La sombra gloriosa del caudillo de la Revolución proyectase todavía en los ángulos del pensamiento nacional y su recuerdo perdura en la conciencia pública.

No se ha perdido el perfil aquilino del héroe y aún no se borra de sus obras el sello que Chateaubriand llamaba la *garra del león*. Se comenta en tiempo activo su fortuna guerrera y se habla en presente de su carácter ágil y travieso a lo Enrique IV. Las coronas de laurel reverdecen constantemente sobre los mármoles de la tumba de Cajeme.

Hace cuatro años que Obregón murió y sigue siendo actual, lo mismo que un capitán a la vanguardia de sus huestes o que un político al frente de su partido. El brillo singular de su vida resiste a la penumbra, como una pintura hecha al encausto resiste la humedad del tiempo. Las horas no pasan para él como nubes, como sombras del Eclesiastes, sino como una erguida procesión de pomas reales, de flabelos y gallardetes ondulantes. ¿Cómo explicar la perdurancia del culto cívico al primer soldado de la Revolución?

Si la Revolución hubiera cerrado su ciclo y nuestro país caminara por las veredas de la paz octaviana, pavimentada de hierro, lejos del Aventino y cerca del Capitolio, el nombre de Obregón tendría ya la herrumbre de una espada perdida a orillas del mar; pero nuestro pueblo mantiene enhiesta su flámula libertaria y continúa en peregrinación sobre la vía de la libertad, en busca de este supremo bien, para calmar la inquietud de su suerte, siguiendo el signo indicativo de sus caudillos. A lo largo de esa vía, magnificada por el óleo del dolor humano, quedan, a modo de piedras miliarias, los nombres de los capitanes revolucionarios y el sacrificio colectivo de la muchedumbre; la memoria de las batallas espectaculares y el recuerdo escondido de los soldados sin blason teatral, sin escudo de armas, astillas desprendidas del tronco de la gleba, que en la furia de un asalto o en el fondo de una trinchera, ofrecieron a la Revolución la rosa púrpura de la vida, sin pedirle nada; desinteresados hijosdalgo del deber en marcha, ennoblecidos por el sacrificio; multitud anónima de romántica estructura, raíz, savia y rama, flor y fruto de nuestro bosque heroico, que yace ahora confundida en el regazo material del suelo patrio, sin un monumento que sea símbolo de su esfuerzo, sin una corona láurea decorando el resplandor de una lámpara votiva.

Si el general Alvaro Obregón es el verticemarcial e imponente de la pirámide revolucionaria ¿quién dudará que la ancha base de esa pirámide está formada con los granos de arena de la masa anónima de la Revolución? El campesino humilde que abandonó la siembra y cambió su existencia sencilla y patriarcal por la complicada y precaria vida del soldado; el obrero que dejó el taller y se olvidó de sí mismo para luchar por el bien común en el campo de la rebeldía; el intelectual pacífico que dejó el rincón familiar y la dulzura hogareña por la vida sin hogar del combatiente que aguarda la vispera de una batalla; todos los que, en fin, marcaron con sangre el paso victorioso de la Revolución ¿qué son sino sillares esculpidos de la base de aquella pirámide?

La historia política no conserva nunca los nombres de las unidades de la muchedumbre; recibe de puntos salientes para colgar de ellos una la hazaña aislada; los juanes no están aristocráticos como la de Pipila o por un ademán escultórico y sublime como el de los cadetes de Chapultepec. La masa anónima no fulgura en el puñal de Bruto, ni monta en el caballo blanco de Napoleón en Austerlitz; pero, sin ella, no se explicarían las grandes acciones de los siglos, ni hubieran existido los héroes epónimos, los apóstoles iluminados, ni los reclusos conquistadores.

Los grandes hombres no son más que el producto de la sociedad que les da origen y su energía creadora viene a ser únicamente resultante de las enormes fuerzas colectivas. Estas fuerzas (pueblo, muchedumbre, masa anónima) dieron soldados a Anibal y apóstoles a Jesucristo; cultivaron los jardines de Semiramis y navegaron en las embarcaciones de cuero de los conquistadores normandos. Las grandes figuras religiosas, morales, políticas, sociales y jurídicas son concreciones rutilantes, en un ser físico, de los sentimientos, voliciones y pensamientos de la masa anónima, que en la historia tiene un nombre de raigambre excelsa: Patria.

Y la patria mexicana no ha dedicado todavía un monumento a los héroes anónimos de la Revolución; se debe, por lo tanto, un templo a su propia gloria. Un templo cívico que sea ofrenda al valor de la generación que emprendió la más trascendente de las guerras civiles de la América Española y trazó los derroteros de una vida nueva para nuestro país. Allí, en esa ara simbólica, deberían perpetuarse las virtudes de nuestro pueblo en lucha constante por la libertad: enamorado de la justicia y defensor de ella, pueblo imaginativo y audaz que siembra sus inquietudes con la arrogancia con que Ihuicamina disparaba sus flechas y que expone su vida al desgaire de las revoluciones con la indiferente y plástica actitud con que los intrépidos atenienenses echaban hacia atrás los velos de su manto al viento de Platea y de Salamina.

Honrar el sacrificio del soldado sin nombre sería el más noble tributo a la gloria de Alvaro Obregón, el disciplinador de las tropas revolucionarias, caudillo de los tercios anónimos que llevó a la victoria y de los que es resumen y esencia en el desarrollo consciente de los hechos históricos. Entonces, la República honraría al héroe y a la masa, a la cúspide y a la base de la pirámide de la Revolución.

Mientras tanto, el tiempo pasa de mano en mano su ignea antorcha de rojas alas, sin que sobre el mar muerto del olvido se despliegue el lino blanco de una vela tendida al viento que ore los huesos que blanquean nuestros campos de batalla. La tumba del revolucionario anónimo sigue como un jardín sin pájaros, entumecido por el aire del invierno.

EL GRAN CRIMEN

Por Francisco Alberto de MONTFLANO

HOY se cumplen cuatro años del asesinato de una de las figuras más grandes de América, del general Alvaro Obregón. Revolucionario, soldado y estadista, creció gigantescamente en el concepto nacional y bien pronto su nombre voló más allá de nuestras fronteras y entró de lleno en los dominios de la historia universal. Sus enemigos no pudieron perdonarle su grandeza; el más enconado de ellos, el tradicional enemigo de las libertades públicas, el Clero, decretó al fin su muerte, creyendo que con la desaparición del grande hombre volvería a disfrutar de sus viejas prerrogativas. Pero el delito nunca aprovecha al delincuente, y si la Revolución perdió uno de sus más grandes representantes, ella ha quedado a pesar de todo, en actitud vigilante y vengadora. Las prerrogativas no llegaron nunca. Muy al contrario, el poder del clero quedó absolutamente limitado, con la reglamentación de la Ley de Cultos. De esta manera el delito dio de rechazo al delincuente.

Porque la mano que hizo fuego sobre Obregón, dejándolo muerto, fue como la mano del verdugo. El tribunal sentenciador era otro y se reunía en las casas anexas a los templos y en los templos mismos. Se recordará que en ceremonia solemne, celebrada ocultamente en una casa particular donde se violaba la Ley de Cultos, fue bendecida la pistola del asesinato y desde el púlpito, algunos de los oradores "sagrados" anunciaron con anticipación el crimen y predicaron la revuelta contra el Régimen de la Revolución. Así nació el movimiento "cristero" en algunos Estados del interior; movimiento que fue sofocado a tiempo, pues amenazaba extenderse por todas partes gracias a la acción eficaz que desplegaron algunos prelados y gentes de alta posición económica que al fin tuvieron que abandonar el país, convencidos de su derrota. El inquieto clérigo de Jalisco, el padre Jiménez, prófugo desde hace mucho tiempo, y otras muchas unidades de la Iglesia, darán cuenta de cómo se organizó la criminal intriga, cuyas principales manifestaciones están en aquella revuelta, en los atentados al general Obregón cuando sobre el automóvil en que viajaba cayó una bomba explosiva, en los atentados dinamiteros de la Cámara de Diputados, y finalmente, en la muerte del ilustre soldado.

Se debe a "El Nacional" el esclarecimiento completo de los hechos que señalan de modo indudable al clero como al autor intelectual de este crimen que no sólo hizo daños a una familia, sino fundamentalmente a la patria y a la Revolución. La llamada "madre Conchita" (Concepción Acevedo y De la Llata) sentenciada a larga condena por su participación en el crimen, sin esperar ya acción judicial alguna que pudiera suavizar la sentencia, arrepentida quizás de aquella participación, reveló en cartas que publicó "El Nacional" la trama clerical urdida para consumir el asesinato. Consecuencia de la labor desplegada por este periódico, ha sido la aprehensión de Carlos Trejo Morales, individuo con grandes responsabilidades en el crimen y que se halla en manos de los tribunales.

X
X X

Este crimen deja una mancha indeleble sobre el clero de México; una mancha que se añade a las muchas que ya tiene tradicionalmente. Porque es el clero el que sacrificó a los caudillos de la Independencia; el que trajo la intervención europea y un archiduque de gobernante; el que armó el brazo de Victoriano Huerta en contra de la Revolución y el que armó el brazo también de José de León Toral en contra de uno de los más altos representantes de las ideas modernas, gran defensor de los derechos del proletariado, el general Alvaro Obregón.

Todas las previsiones del clero, trazadas con la finalidad de este crimen, fallaron estruendosamente. Nos parece que el clero de aquí y el de todas partes liquidó sus cuentas políticas con la llegada del sindicalismo y de los derechos proletarios. Antes de ahora, con regímenes de feuda-

lismo o de guerras por la constitución de las nacionalidades, o de liberalismo y concordatos o de separación de la Iglesia y del Estado y de garantías individuales, fueron ciertas las ventajas que sacaba el clero de los crímenes que cometía. En lo sucesivo será distinto. La cuestión social, a pesar de la famosa Encíclica de León XIII, reproducida ahora para desviar la discusión de su ambiente propio, pone fuera de interés a todos los cleros.

El proletariado se organiza en diversas formas, especialmente en la forma sindical, y está muy ocupado en la discusión y afianzamiento de sus propios intereses, que son muchos, de tal suerte que un crimen cometido por un tercero que no figura en la discusión, deja aislado al delincuente y sin ventaja alguna para él. Al revés de lo que ocurría en tiempos que se alejan rápidamente de nuestra vista, en los que una fracción del pueblo importantísima, irreidenta, abandonada, desprovista de derechos con derechos puramente teóricos, servía siempre de sostén al clero en todas las actividades de éste. La discusión de derechos es ahora muy interesante. Es por esto que el crimen cometido en la persona del general Obregón dejó aislado al criminal y solitario y todas las gentes vieron que el clero se alejaba, llevando en la mano la pistola de José de León Toral.

ALVARO OBREGON

Por Santiago LARIN

El Nacional

EL HOMBRE

Domingo 17 de julio 1932

TENIA toda la contextura física y toda la estatura moral de los hombres predestinados a desempeñar arduos labores, a desarrollar magnas obras...

Podría ser una figura ilustradora de lecciones de fuerza, de voluntad, de hombría, de fe...

Su emancipación de la Pobreza, la transformación de su "Quinta Chilla", su imponencia sobre sus enemigos, su encumbramiento definitivo...

Estas son pruebas fehacientes...

EL REVOLUCIONARIO

Un eco claro en la acústica de las primeras ondas revolucionarias.

Un espontáneo en las filas de los libertadores.

Brotó de las campiñas y se apostó en los campamentos.

Un decidido defensor de los derechos conculcados.

EL MILITAR

Admirable conductor de ejércitos; desde el punto de vista de la táctica militar, tenaz y eficaz perseguidor de las tropas enemigas; autor de sabios dispositivos.

Héroe que ciñó en su frente una egregia corona de laureles inmarcesibles.

Celaya, León...

EL GOBERNANTE

Prudencia, Conciliación, Tino, Ideología revolucionaria; éstas fueron las características de su labor gubernativa. Inició la era de paz orgánica, efectiva, consumada y amacizada por el general Calles.

Desarrolló una plausible y gigantesca obra de desfanatización. Marcó nuevas orientaciones en el sentimiento religioso popular.

Por eso, para el Clero decadente, resultó abominable.

Como estadista su obra toda para el pueblo y para la historia será siempre encomiable e imperecedera.

**LA MUERTE DEL GENERAL OBREGON
SERA CONMEMORADA EN PUEBLA, PUE.**

27

Especial para EL NACIONAL

PUEBLA, Pue., julio 15.—El cuarto aniversario de la muerte del ciudadano general de división Alvaro Obregón, quien pereciera a manos de un vil asesino vendido a la reacción, será conmemorado en esta capital oficialmente, con actos sujetos a un programa que trazaron de acuerdo el ciudadano Gobernador del Estado y el ciudadano jefe de las Operaciones en el mismo.

El programa es el siguiente, conforme al cual se conmemorará, el día 17 del actual, el IV aniversario de la muerte del ciudadano general de división y Presidente electo don Alvaro Obregón:

PRIMERO.—A las seis horas del día 17 del presente mes, será izado en todos los edificios públicos a media asta el Pabellón Nacional con los honores de ordenanza.

SEGUNDO.—A las 10 horas del mismo día, se reunirán en el parque "Francisco I. Madero" (antigua plazuela de San José), los funcionarios y empleados de la Federación del Estado y del municipio, ciudadano jefe de las Operaciones Militares, jefe de la Guarnición de la Plaza y oficiales francos, representantes de las Cámaras de Comercio, Agrícola e Industrial, magistrados del H. Tribunal Superior de Justicia, representantes de los gremios obreros y campesinos y de los clubs deportivos de la ciudad, con objeto de acompañar al ciudadano Gobernador constitucional del Estado, que presidirá la ceremonia oficial que tendrá verificativo en el orden siguiente:

- I.—Pieza por la Banda Municipal.
- II.—Llamada de Honor.
- III.—Discurso por el ciudadano José Bañeres.
- IV.—Canto filial, coro por el profesor Juan Castillo Marín.
- V.—Poesía por la señorita profesora Carolina Cortés.
- VI.—Pieza por la Banda Municipal.
- VII.—Discurso por el coronel Armando Garza Zambrano.
- VIII.—Himno a la Patria por los niños de las escuelas oficiales.
- IX.—Poesía por el profesor Gregorio de Gante.
- X.—Salva de honor por fuerza federales residentes en esta plaza en homenaje al preclaro general de división don Alvaro Obregón.
- XI.—Palabras del mayor Porfirio Ontiveros Mata.
- XII.—Ofrenda Floral.
- XIII.—Himno Nacional.

TERCERO.—A las 18 horas, será arriado el Pabellón Nacional con los honores de ordenanza.

EL CORRESPONSAL

ALVARO OBREGON

27 b

—Por Baltasar Izaguirre ROJO—

SIMBOLO de una raza en un emblema es la ingente oblación de su tributo!
¡Urgencias de la luz que quema el fruto por mirarse mejor en lo que quema!

¡Pensamiento y acción! ¡Ascuá y diadema!
¡Tempestad y laurel! ¡Siglo y minuto!
¡Un brazo que señala lo absoluto y un muñón engarzado en un poema!

Eternidad abstracta que engreida en la lumbré, en el lauro y el arresto, es designio y deber, momento y vida,

que al esculpirse en el muñón sangrante, cosechan en la gloria de su gesto ¡todo el dolor de un siglo en un instante!
17 de julio de 1932.

*El Nacional
Domingo 17 de
julio de 1932.*

**LOS SOCIALISTAS DEL
ESTADO DE YUCATAN
HONRARON A OBREGON**

27c

Se Organizaron Imponentes Actos en la Casa del Pueblo, el Sábado 16

Especial para EL NACIONAL.
MERIDA, Yucatán, julio 18.—Con toda solemnidad se recordó anoche en el Teatro Felipe Carrillo Puerto, de la Casa del Pueblo, al ilustre desaparecido y gran Caudillo de la Revolución, general don Alvaro Obregón. Fue levantado al efecto, un túmulo con su efigie de gran tamaño en la capilla ardiente, alumbrada por tres pebeteros. Toda la Casa del Pueblo se presentaba ordenada con diez mil varas de azucenas, como homenaje de los socialistas de Yucatán, habiendo organizado una velada la Jefatura de Operaciones Militares el Gobierno del Estado y el Partido Socialista del Sureste.

Desde las seis horas comenzaron las guardias de honor, en las que tomaron parte los elementos obreros y campesinos de las Ligas de Resistencia, militares y empleados y funcionarios del Gobierno del Estado. Por la noche, correspondió a miembros de la Defensa Revolucionaria dar su contingente en la conmemoración, vistiendo camisas rojas. El profesor José González Beytia pronunció una elocuentísima oración fúnebre, rememorando al Caudillo. La banda de música del Estado ejecutó escogidas interpretaciones fúnebres, habiendo terminado las guardias y el acto a las veinticuatro horas.

EL CORRESPONSAL.

IDEARIO

Alvaro Obregón

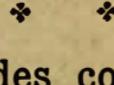
SOLDADO y estadista, héroe y ciudadano, sobre el horizonte abierto de la historia, la figura del hombre se agiganta en el más alto ritmo de la verdad.

Hace cuatro años todavía, Alvaro Obregón era un emblema de partido; su nombre era un punto de convergencia para las luchas políticas de extensiones nacionales; a su sombra se agrupaban las multitudes anhelantes, acaso irreflexivas, pero polarizadas en el índice enérgico que tendía el caudillo hacia el porvenir.

Figura imantada por el triunfo guerrero, por el verbo anunciador, por la certeza del destino multitudinario, por la capacidad de poder y de influencia, llegaba a la capital escoltado con la fe conmovida del pueblo, con la lealtad cristalina de los revolucionarios y también seguido por el cálculo agazapado de quienes vestían su egoísmo y sus palabras circunstanciales con la entonación de su nombre de epopeya.

Cuatro años han caído en el tiempo, y en este breve lapso la figura del patricio ha pasado a un nuevo plano de verdad. Otros horizontes, con nuevas perspectivas y hombres nuevos, apuntan henchidos de realidad floreciente.

Sin embargo, cuando el espíritu mexicano enfoca sus idealidades y su inspiración hacia la creación de su nacionalismo integral, Alvaro Obregón ocupa con mayores sufragios el centro de toda certidumbre y de toda ascensión.



Para las multitudes conturbadas que en momentos de prueba cifran su éxito en la acción de los generales victoriosos, Obregón es la ráfaga cenital de la guerra, el genio de las batallas y de la política, que vence por igual a los soldados de Ojeda en Naco y en Santa Rosa y en Santa María, como arranca la capitulación a los federales en Teoloyucan, cuando Carranza teme todavía las últimas masas de la usurpación.

El empuje certero que anula vertiginosamente a Villa en Celaya, en Trinidad y en Aguascalientes, y el genio que recoge los más recónditos palpitaros nacionales para darles forma histórica y validez de programa, son la inspiración del pueblo. Para esas multitudes que se confían a la gloria de los caudillos invencibles, Obregón es el vértice de la Victoria, el caudillo de Orendáin, el héroe de Celaya. Pero hay un fondo de mayor alcance para la figura del héroe y del caudillo: es la significación encarnada y erguida de los anhelos centrales del pueblo mexicano. Obregón en 1913, 1914 y en 1915 fue la mayor expresión de la guerra libertaria.

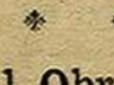
En 1920 fue el genio que recogió el inflamado grito del Sur, elevando a la categoría de realidad lo que en las banderas de Zapata no había alcanzado más que los timbres de una esforzada y heroica pugna sin éxito por la mayor reivindicación social.

Si alguna vez es grande entre los grandes Alvaro Obregón, es en 1920, porque condensa en su actitud y en su obra los afanes del pueblo que cree en las conquistas revolucionarias, y porque reúne las demandas inflexibles de los herederos de Zapata, enarboladas bajo los soles vivos del Sur.

Cuando el hijo predilecto de la Revolución junta en un solo haz de verdad a todos los revolucionarios, y cuando absuelve a los que desfallecieron o desviaron la ruta, para formar con todos el núcleo central de la patria, Obregón deja de ser el caudillo de un partido armado, para convertirse en la fuerza y en el punto central del pensamiento revolucionario de México.



Hubo de entonces en adelante múltiples tendencias que entrechocaron dentro de la misma revolución social y Obregón fue siempre el dinamo radiador de las renovaciones fecundas. La reforma agraria habría sido letra confusa o muerta si no le hubiera dado alientos perdurables el caudillo. El movimiento de reconocimiento, de respeto y de protección a los derechos de los obreros, nada hubiera sido en el conjunto de actos que forzarían la marcha progresiva de nuestro derecho industrial, si Obregón no hubiera cobijado en sus prestigios y en su denuedo la vanguardia de la revolución económico-social.



Es que el general Obregón, héroe de leyenda, soldado invicto, ciudadano ejemplar, caudillo de excepción, patricio auténtico que despertó un oleaje de afanes en la colectividad mexicana, tuvo la alta virtud de encauzar dentro de posibilidades precisas y hacia las más luminosas metas los vigores, las ansias del pueblo que lo tomó como guía para su redención social.

De allí que en esta fecha, en que se conmemora el cuarto aniversario de su muerte, cuando ya ante la consideración de los mediocres Obregón deja de ser la figura ocasional del movimiento revolucionario, porque no puede levantarlos al poder con su gigantesca mano orientadora, venimos nosotros a rendirle pleitesía en nombre de la patria que hoy viste luto y piensa con nosotros que el hombre sigue siendo el centro y el norte en que se alza el lumínar de unión y de convicción para los hijos legítimos de la gesta revolucionaria.

Soldado y estadista, héroe y ciudadano, impulso y brújula, sobre el horizonte abierto de la historia, Alvaro Obregón será, en las próximas rutas, la sincretización de los anhelos renovadores de la patria mexicana.

Discurso pronunciado por el licenciado Ezequiel Padilla en el aniversario de la muerte del general Alvaro Obregón.

En esta hora precisa, bajo estas frondas rumorosas, hace cuatro años todo era angustia en las almas, tan honda y tan grande, que sentíamos aquella terrible realidad, no como un accidente común de la naturaleza mortal de los hombres, sino como algo que hubiera descendido de ciegas potencias adversas, tal como en las páginas de "La Iliada" se miran caer a los héroes queridos fulminados por la siniestra cólera de los dioses. Nos parece, a los que tuvimos el triste y dramático privilegio de asistir a los instantes finales del gran caudillo, mirarlo llegar, no imponente, fuerte, dinámico, circuido de ese poderoso magnetismo que era el trasunto del fuego interior de sus convicciones, sino severo, contrastado, como si la muerte, que ya espiaba sus movimientos, hubiera proyectado misteriosamente su pálida sombra sobre aquella figura enérgica y altiva. ¡Revivir aquella tragedia aun estremece el pensamiento! Por un instante creímos, recogiendo anticipadamente el dolor de los humildes, que el pueblo había perdido su guía en el desierto, y que los destinos de la revolución y de la patria, que tan honda e intensamente se concentraron en aquel corazón que se extinguía, yacían destruidos con el cuerpo exánime del héroe.

Pero no hemos venido a este lugar sólo para evocar la muerte. Hemos venido esencialmente para invocar la llama del espíritu, el símbolo, la antorcha que representa su vida en esta hora de desolación y desamparo de los humildes de la tierra; en este momento del mundo en que, no sólo en México, sino en todos los pueblos desgarrados por la desocupación y la miseria, las masas proletarias sacrificadas van ascendiendo por un Gólgota tenebroso. Alvaro Obregón despierta entre nosotros el recuerdo de sus brillantes triunfos militares. Como héroe militar puede, por sus rápidas victorias, por sus recursos estratégicos, por sus triunfos fulminantes sobre poderosos ejércitos enemigos, parangonarse con los soldados más ilustres de nuestra historia: don José María Morelos o don Francisco Javier Mina. Pero a semejanza de estos héroes, lo más preclaro de Alvaro Obregón no es el fulgor de su espada, sino el esplendor de su fe en los principios de la justicia social, que nutren y encienden la revolución en México.

Cuando el movimiento revolucionario dejó de ser exclusivamente político para enarbolarse una doctrina social, Alvaro Obregón aparece como jefe autorizado que había recogido la voz de las reivindicaciones heroicas. En la historia, frecuentemente los sacrificios de las masas son estériles. Sólo se fecundan cuando aparece el conductor certero, seguro de sí mismo, denodado y resuelto. Las multitudes se extravían, se distraen, vacilan. No importa; el conductor vigila. Alvaro Obregón llegaba con alma de conductor. Había captado en su alma, llena de honda simpatía para el dolor humano, las realidades profundas de la injusticia social del pueblo de México; y pudo recoger esos sufrimientos como si su corazón hubiera sido un lago alimentado en el valle por innumerables riachuelos de lágrimas venidas de todas las chozas.

Para destruir la muralla de resistencias de esa injusticia social fue necesario combatir, no sólo contra la reacción armada de México, sino contra la ideología prepotente del próspero mundo de la época del general Obregón. Cuando él cayó en este recinto, su espada se desplomó

en el seno de un ciclo de grandeza económica, cuando los coros victoriosos del sistema plutocrático habían ya logrado apagar, con una prosperidad transitoria, el recuerdo angustioso de las juventudes sacrificadas en los campos de la guerra europea. Es una de las glorias de Alvaro Obregón el haber sostenido y creído con una fe inflexible en la justicia de la Revolución Mexicana, en las horas mismas en que la prosperidad mitológica del mundo desataba sus odios sobre las doctrinas de redención social y afirmaba con un éxito de apariencias irrecusables la ciega explotación de las masas proletarias. Es que en él su espíritu ávido de acción estaba saturado en la esencia profunda de la Revolución, que fue asegurar para México una patria de trabajadores bajo el esplendor y el amparo de la justicia social.

Si, como dice Fichte, "en el mundo moral no se pierde ninguna simiente", la doctrina revolucionaria de México, los esfuerzos precursoros de su revolución social vivificaron las luchas proletarias del mundo. Es cierto que las estadísticas de la prosperidad, de los rendimientos, pueden estar en contra de Alvaro Obregón; pero él vivió esa época de la Revolución, en que, como en todas las verdaderas revoluciones del mundo, lo que importa no es imponer una doctrina, sino hacerla vivir, salvarla de las amenazas circundantes, afirmar la germinación de la simiente, hacerla enraizar definitivamente en las almas. Todos los pensadores están de acuerdo en que una revolución verdadera es un cambio radical de sentimiento, de ideas, de pensamientos. La vida del general Obregón representa el hondo surco de esa transformación y es el campeón de sus primeros desarrollos. Los ojos se asombran ante un cataclismo de ca-

rácter geológico, pero, ¿qué poco entienden los sentidos para medir los grandes cataclismos del espíritu! El hombre de México de 1910 consideraba intocable la propiedad privada, sagrados y absolutos los derechos del capital, incommovibles los privilegios de los extranjeros, la opresión del indio lógica y justa, y al clero como la personificación de la omnipotencia divina. Vivía hundido en la negrura de un fanatismo que no tenía playas. Era el aliento que alimentaba la moral y la ley de esos tiempos. La opresión no residía en los hombres sino en las almas de opresores y de oprimidos. Por eso la ley no podía, como lo soñaba un pensador de la reacción, ser la sucesora de don Porfirio, porque la ley era peor que don Porfirio. Hace falta una imaginación poderosa y una comparación con la mayoría de los pueblos del mundo actual, para reconstruir sobre las ruinas de esta tenebrosa ideología, el espíritu nuevo del hombre de 1932, que considera a la propiedad privada y al capital como subordinados a las exigencias colectivas; al hombre trabajador de México como la raíz y la fuerza de la grandeza nacional; a los extranjeros que conviven con nosotros, sometidos a las vicisitudes de nuestra historia; al clero como un conjunto de hombres sujetos a las bajas pasiones humanas y cargado de responsabilidades históricas; y por encima de todo, el propósito indomable de devolver, tarde o temprano, por el esfuerzo de la Revolución, toda la plenitud de belleza y justicia a que tiene derecho la vida del hombre.

Ahora bien, Alvaro Obregón ha sido—con el otro Dioscuro de la Revolución, alma fraterna suya, el general Calles,—forjador de estas realidades; porque si la doctrina la hace el pueblo, si los principios estaban consagrados en

las conciencias y la Revolución los había de transformar en leyes salvadoras, Alvaro Obregón, inflexible, enérgico, denodado e incommovible, fue el comandante que veló siempre mientras alentó vida, desafiando todos los peligros sin retroceder jamás, porque esos principios no se extraviarían, porque la reacción—no la involucrada en las personas, sino en la desviación de la doctrina, en la prostitución de los principios—no quebrantara las victorias arrancadas en la lucha armada. La vida heroica de Alvaro Obregón fue la de combatir implacablemente a todos aquellos que intentaron hacer un zigzag en la línea recta de la Revolución.

Sabemos que no es la figura del general Obregón de aquellas que la historia y el tiempo hayan depurado de todo antagonismo y en cuya tumba la unanimidad de la gratitud se haya colgado como una corona en el silencio de la eternidad. No; alrededor de este recinto trágico la tormenta de nuestra Revolución levanta sus coros en choque con los ruidos clamores de los disidentes. Nosotros no diremos que Obregón no tuvo deficiencias. Hablar en su vida de faltas y de errores es sólo decir que fue un hombre, y no es este momento, ni será mi voz quien los señale. Sólo diré que como en todos aquellos cargos que se hacen a los grandes hombres, héroes, profetas o pensadores, las máculas, las debilidades, los errores, perecen con la materia; son lo transitorio, lo deleznable, lo evanescente; mientras se mantiene en alto el espíritu, la substancia íntima de las doctrinas, el ideal que sustentaron y defendieron, que es lo que en definitiva se funde en esencia de eternidad. Alvaro Obregón fue ídolo de las masas trabajadoras; jefe indiscutido de los hombres de la Revolución. Su ascendiente sobre las masas es tan grande, que todos nosotros, en la urgencia de caudillos reconocidos, desvinculados de la plataforma de la Revolución uno de sus principios más puros: el antirreaccionismo; que la muerte, trágica y misteriosa, vino a reintegrar como una corona de amaranto sobre la tumba del caudillo.

En esta hora en que todos los pueblos hacen alto, rodeados de sombras densas, en medio de la anarquía y la confusión mental del mundo, México también se detiene y busca cómo abrir brecha en la cerrazón, para continuar el camino—no para claudicar como los enemigos eternos lo esperan o lo creen porque ¿en qué fuentes lustrales iban a lavarse las máculas y las responsabilidades de los hombres si los manantiales de las doctrinas puras y consagradas de la Revolución se cegaran? Se ha destruido en el mundo la fe en la ciencia, en la religión, en el derecho. La esperanza en una organización social nueva y justa es la única fe que queda en el inmenso vacío—no para claudicar, sino para definir el método que salve al ideal del caos, para encontrar el resorte que conecte la doctrina con la dura realidad. Todos sentimos la urgencia de precisar caminos; nuestra hora actual es, por esta razón, augural, cargada de inminentes responsabilidades. Hay un hondo anhelo de disciplina, de método, de coordinación creadora, porque la experiencia dolorosa del mundo nos dice que sólo de la claridad, de la definición luminosa del ideal pueden derivar las ventajas prácticas de las que tienen hambre y sed las masas trabajadoras, porque sólo esas ventajas efectivas representan para la miseria y el hambre, no la impostura, sino la verdadera justicia. La vida se asoma al misterio de la muerte para buscar inspiración y fe en el ejemplo, en la noble evocación; por eso

Alvaro Obregón

(Viene de la Tercera Plana).

Las religiones están llenas de ritos fúnebres. Se cuenta que Lenin, en sus horas de desaliento, durante su ostracismo, se encaminaba al cementerio de tercera clase de Londres y pasaba largas horas de meditación sobre la tumba de su maestro Carl Marx. Los socialistas de buena voluntad, nuestros pensadores, la juventud revolucionaria, que buscan en qué fanal encender sus lámparas para continuar en la obscuridad del sendero, hacen bien en detenerse por un momento en estas piedras votivas que todavía cubren la sangre imborrada del maestro sacrificado.

Henos aquí, pues, presentes, y con nosotros seguramente en espíritu todos los hombres de la Revolución, como un ejército combatiente que acampa, para honrar la memoria de su jefe desaparecido. Al frente, y ondeando la desgarrada bandera de la justicia social, van como guías el Presidente de la República, símbolo de nuestras instituciones nacionales, y el jefe de nuestra Revolución militante, el general Calles, escoltado por la fe de las muchedumbres. El ejército avanza, no retrocede, y entre las luces que esclarezcan la noche, entre las claridades que dispersen nuestros hombres de estado, sobre la tiniebla de la contienda actual, ha de ser un manantial iluminante la antorcha que bajo estas frondas sustenta con su único brazo la sombra augusta de Alvaro Obregón.

En estos instantes precisos se cumple el cuarto aniversario de su sacrificio. Su sombra, al conjuero de nuestra veneración, se alza del sitio donde cayó la materia perecedera y levanta a las alturas su espíritu inmortal. ¡Guardemos un minuto de silencio!

TRASCENDENTALES PALABRAS DEL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Solemne Velada de Homenaje al Gral. Obregón

Lucubraciones que distan un abismo de coincidir con las aspiraciones existentes y con la más elemental lógica de las posibilidades
Grupos que en su ceguera obligan a perder tiempo reparando daños.
Discurso del General Amaro, Director de Educación Militar

Por enfermedad del señor Presidente de la República, su secretario particular, el licenciado don Nicéforo Ferrero, leyó anoche el discurso que el Primer Magistrado de la Nación iba a pronunciar en la velada que se efectuó en el Colegio Militar, en memoria del general Alvaro Obregón, con motivo del cuarto aniversario de su muerte.

La pieza oratoria del señor Presidente, que contiene trascendentales conceptos, dice así:

"La vida de los grandes hombres se ha tocado a su fin. Los grandes hombres se imponen a las multitudes y las arrastran en movimientos que se vuelven incontenibles, porque dominan de la ciega confianza que los pueblos ponen en los hombres a quienes sienten poseedores de la chispa genial, que permite conocer qué es lo que quiere, y hacia donde quiere ir un anhelo colectivo.

"Los perversos y traidores sólo figuran en la historia como el contraste indispensable para hacer resaltar los objetos brillantes.

"Quienes se ocupan de los asuntos de México, ineudiblemente se ven compelidos a detenerse en las figuras de Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero y Obregón, representantes de trascendentales momentos en la evolución del país.

"Alvaro Obregón, guerrero, reformador, político, estadista, victorioso en los campos de batalla y en la lucha social y política, es la historia de los últimos años de México; es la realización plena, integral, de la Revolución Mexicana.

"Apenas Morelos lo iguala en el orden militar. Puede decirse que no supo de las amarguras de las derrotas y que su recorrido por toda la República fué marcando victorias. Estratega natural; rapidísimo de comprensión; sereno y ecuaníme en todas las ocasiones; profundamente humano con sus subordinados; indómito y valiente, pero sin el atolondrado ímpetu del que simplemente entrega su vida a los azares de la guerra; con la fortaleza, decisión y seguridad que da una visión clara, supo ganar batallas y conquistar lauros para los grupos populares que comandaba, y formó un verdadero ejército que hizo la brecha por donde se abrieron paso los deseos de las grandes masas.

"La vida militar de Obregón se destaca brillantemente en la historia de las armas mexicanas, de nuestras armas, que si bien cuentan con hechos que quisieramos no recordar jamás, tienen también las acciones del Cinco de Mayo, de Cuautla, de Querétaro, de Celaya y otras, que honran a un pueblo que va sabiendo afirmar su existencia y reunir sus dispersas energías, no obstante las vicisitudes de su evolución. Vicisitudes agravadas por la posesión de riquezas aleatorias codiciables, que lo pusieron, en diversas ocasiones, en el peligro de ser incluido entre los países fatalmente condenados a la explotación ajena.

"El guerrero fué también un luchador en el campo social. Igual que Morelos, supo percibir, con sagaz talento, la situación del pueblo mexicano, que reclamaba imperiosamente una reforma. Sólo que Morelos no tuvo la nítida visión de Obregón, quizá por la época en que vivió y también porque la magnitud de la causa que defendía, la independencia mexicana, ocultaba de momento

los fines mediatos, subordinándolos a los más cercanos.

"En la vida turbulenta y agitada de nuestra nación, el pueblo sentía que en cada lucha armada, los que representaban los principios avanzados, podían al fin palpar sus anhelos y realizarlos; pero, por desgracia casi siempre se cayó en la equivocación de creer que el bienestar de un país dependía de fórmulas, en ocasiones de un sentido puramente poético. El respaldo popular prestado a los insurgentes, a los liberales, a los constitucionalistas y, en general, a todo lo que ha significado innovación, es sin duda la causa de que, al revisar la historia mexicana, se observe que indistintamente triunfaron los movimientos radicales, y que las victorias del conservatismo fueron efímeras.

"Obregón, en este orden de ideas, hizo que se cumplieran las reformas sociales que, ya consagradas en nuestra ley fundamental, habían quedado como letra muerta, por el temor, quizás, de los trastornos que de llevarse a la práctica, pudieran ocasionar en el presente, como si las aspiraciones legítimas de un pueblo, legítimas por provenir de las leyes mismas de la vida, se concretaran sólo al día de hoy.

"Desde la Presidencia de la República realizó las leyes innovadoras, las cumplió, les dio vida, se puso en práctica la Constitución de 1917, muy en especial en sus dos artículos fundamentales, el 27 y el 123, se garantizó la libertad sindical, se fomentó el desarrollo de las organizaciones obreras y campesinas; se reconoció la entidad de derecho de los tribunales del trabajo y, en suma, se llegaron a plantear los problemas de México y sus soluciones, en sus aspectos económico, político y social.

"Todo esto en una época preñada de dificultades, rodeada de peligros en el interior y en el exterior; pero que pudieron sortearse por la sabia conducta del político y del estadista.

"La política no fue para el gran hombre, el secreto del manejo interesado de las masas, ni de la conservación por más o menos tiempo del poder; ni el instrumento de ambiciosa dominación; ni una simple forma de integración gubernamental. Fue otra cosa: la acción y el pensamiento unidos y filios en el desarrollo de un pueblo que tiene derecho a vivir su propia vida; la comprensión y ejecución de lo que debe hacerse desde las altas posiciones del Poder Público, para el bienestar y el progreso de un país.

"Guiado por este criterio sobre la política, pudo el general Obregón sacar adelante las reformas sociales, con un admirable sentido de la realidad, que lo impulsó a distinguir claramente el ideal asequible, de lo que es tan sólo para utopía irrealizable. Cumplió los deberes y las obligaciones de la revolución para con los humildes, pero al propio tiempo cuidó de no cegar las fuentes de producción y de riqueza, de buscar a México una posición internacional y celebrar los tratados y las convenciones indispensables, de dar garantías a las empresas para una justa y razonable explotación de los bienes materiales, nunca del trabajo humano. Tuvo el raro tino de coordinar las reformas con el presente y el futuro de la Nación.

"Magna como fue su labor, no la pudo concluir debido a la artera ma-

Trascendentales Palabras del Sr. Presidente de la República

(Viene de la Primera Plana).

no del fanatismo que, como contraste hizo su aparición para resaltar el genio del gran hombre, a cuya memoria hoy rendimos homenaje.

"Sirvanos de orientación bien definida, la enseñanza y el ejemplo que Obregón nos dejó como herencia.

"En las épocas de crisis, y principalmente en los países que la sufren cuando acaban de pasar por un movimiento social profundo, todavía en acción, es frecuente que los mismos revolucionarios extrañen el rumbo, ante las agudas dificultades del momento, y lleguen a pensar, los que así olvidan sus luchas de ayer, que se impone un retroceso o que debe irse más allá de lo alcanzado y apenas en desarrollo inicial, en alas de lucubraciones que distan un abismo de coincidir con las aspiraciones existentes y con la más elemental lógica de las posibilidades. Programas peligrosos uno y otro, porque el primero prepara a la reacción siempre en acecho, y el segundo puede inducir a equivocadas actividades a algunos grupos que, en su ceguera, obligan a los demás a perder precioso tiempo reparando los torpes daños que ocasionan.

"México, en la crisis que lo abate, no tiene por qué sufrir desorientación alguna. El código supremo consagra las conquistas revolucionarias y establece un régimen firmemente dirigido a la satisfacción de las necesidades y mejoramiento de las mayorías desheredadas, dentro de las condiciones de realización propias de nuestro país. El actual Gobierno no piensa ni pensará jamás en retrocesos, ni en arriesgadas aventuras, porque, consciente de la misión que le corresponde, cree que es el momento de construir sobre los sólidos cimientos sentados por la Constitución y por la obra de los grandes revolucionarios. Por deber legal, por deber histórico y por deber moral de convicción, es esta la norma de conducta de la administración que hoy tiene a cargo los destinos de la República.

"No sólo garantías para las masas obreras y campesinas y libertad para el desenvolvimiento, sino también ayuda positiva para la consecución de estos fines, hasta el límite que señale el respeto al sistema de organización consagrado en las leyes esenciales. Y puesto que en nuestro régimen se reconoce la propiedad privada, con las restricciones y modalidades que fija la Constitución, garantías también para esa propiedad y para las empresas, en tanto no vulneren los principios de justicia social que se ha necesitado que impren en México, como condición indispensable para la vida humana.

El mejor homenaje que podemos consagrar al ilustre desaparecido, es el propósito firme de secundar su ejemplo, y con decidido y optimista empeño destinar nuestras voluntades y nuestros corazones al servicio de la construcción del país.

P. Ortiz Rubio."

DISCURSO DEL GRAL. JOAQUIN AMARO

Debido también a que el general Joaquín Amaro, Director General de Educación Militar se encuentra enfermo desde hace más de ocho días, dió lectura al discurso de dicho divisionario, el general brigadier Modesto Guinard, Subdirector del Colegio Militar. El discurso del general Amaro, dice así:

"General Alvaro Obregón:

"Yo te saludo en nombre del Ejército que tú formaste para dar libertad a la Nación; del Ejército que hoy te glorifica, en el cuarto aniversario de tu muerte, elevando tu recuerdo a la más grande apo-

teosis de la gloria. Es un recuerdo que el Ejército te dedica y que antes de hoy no había podido manifestar con toda la espontaneidad y con toda la fuerza del alma con que tú le enseñaras a proceder, porque separado del conjunto general político del país, se encontraba casi postergado para cumplir con el más grande de sus jefes.

"Tú, que nos enseñaste a vencer, dándonos el ejemplo más grandioso de patriotismo y desinterés, levantando tu voz enérgica para arrastrar estudiantes, obreros y campesinos que se hicieron soldados, formando con la fuerza enorme de tu genio cuerpos y divisiones que marcharon siempre triunfantes a través de la República, recibe de ellos, por mi conducto y en nombre de la Nación por la que tanto te esforzaste, un saludo lleno de veneración y respeto. Porque tú, como nosotros, has salido del pueblo de esta patria que tantos ejemplos ha dado al mundo entero por sus grandes hombres, de alma fuerte y viril, nos diste un camino, nos diste un ejemplo, y con el esfuerzo palpitante de tu vida nos marcaste, infatigable, el camino del deber.

"Jamás fuiste vencido, porque la fuerza de tu genio siempre te llevó en alas de la victoria.

"Nosotros, a quienes tú formaste, te admiramos siempre como hombre nuevo, como soldado, como revolucionario y como genio.

"Tu obra militar está encadenada con su máxima consecuencia: la evolución del país que, apoyado en las normas revolucionarias que diste a cada una de sus clases sociales, vió satisfecho tu obra, como la de uno de los más ilustres hombres que haya visto nacer la tierra mexicana.

"Porque para ejecutar tu vastísimo plan administrativo, que tantos bienes presagiaba para la Nación, quisiste primero demostrar al mundo, que sabías conquistar el ideal con las armas en la mano, para forjarlo después en sabias leyes que nadie podrá tocar sin merecer el anatema nacional. El pueblo guarda la fortuna moral que te legaste y que sabrá conservar como la herencia más cuantiosa de uno de sus más eminentes concludadanos, porque fue ante él únicamente, juez y árbitro de nuestros destinos, ante quien siempre te inclinaste respetuoso y obediente.

"Y para conmemorar de manera digna la fecha que ha llegado, hemos querido divulgar ante la Nación tu obra a través de tus trabajos y discursos que durante toda tu

vida, llena de noble agitación, impulsada por el enérgico deseo del mejoramiento de la Patria y del Ejército, nos dieras a conocer en fragmentos que hay reunidos forman la más grande obra de que la historia de la Revolución puede enorgullecerse.

"Y más aun, aprovechando la reunión de la Plana Mayor del Ejército Nacional, de todos estos subordinados tuyos, que ansiosos de gloria para el país e impetuosos de valor, te siguieron a los campos de batalla donde supiste enseñarlos a vencer, viene este Ejército a rendirte pleito homenaje, por medio de sus hombres a quienes tanto conociste, y que, en recuerdo a tu memoria y para hacerse más digno de la Patria y de la Institución Armada que tú nos legaras, llegarán a este recinto, en donde tu sombra se agita para darnos vigor, energía y valor, a escuchar las enseñanzas de tus trabajos, para preparar en conjunto los que hemos de emprender en beneficio de tu Ejército.

"Los que estamos aquí presentes, maldiciendo siempre a quienes corrieron tu existencia, te ofrecemos con toda solemnidad seguir tu obra dentro de nuestras atribuciones y confundir a quien a ella se oponga. Nada habrá que nos lo impida: ni vacilaciones ni compromisos. Los que te hablan son hombres de espíritu recto, invariable lleno de fe en el porvenir de México, bajo la antorcha de tu figura moral, símbolo del deber y de todas las virtudes de un estadista universal.

"Puede ser que aun queden en pie enemigos que astutos se escondieron antes de recibir el condigno castigo que tú deberías haberles impuesto, pero puedes reposar tranquilo, general Alvaro Obregón, hombre recto, ilustre revolucionario, soldado sin tacha, que quienes tú formaste, seguirán tu ejemplo, continuarán tu obra, enarbolando muy alto el pendón de la Revolución.—

General de División Joaquín Amaro, Director General de Educación Militar."

IDEARIO

EL HOMENAJE AL GENERAL OBREGÓN

En el cuarto aniversario de su muerte ha sido, como en los anteriores, nacional el homenaje que se rindió en toda la República a la memoria del general Obregón. Aquí en la Capital, ante el modesto monumento levantado en su honor en el Estadio Nacional; ante la mansión última que ocupó; en el propio lugar de su muerte y en velada conmemorativa, celebrada en un teatro, con asistencia desbordante, tuvieron lugar, el día 17 pasado, actos significativos en que se oyó al Ejército, por voces autorizadas, traer a la fresca del recuerdo los hechos militares del héroe de Celazá y un penagórico edificante, lleno de elocuencia y de fervor, en que se nos confirma que el Ejército de la Revolución tiene al caudillo de tantas victorias como la sombra augusta que lo impulsa y lo impulsará en el camino de la dignificación de su clase, marcándole trazos firmes en el cumplimiento del deber, en su cultura necesaria y en la disciplina consciente como eje primario de una fuerte organización.

Al lado de estas voces sinceras del elemento militar, exaltando el recuerdo de su jefe desaparecido, oímos también la altisonante elegía de la parte política de la Revolución que confirmó todo un credo de energía en defensa de los principios y un espíritu de unión en torno a los actos realizados por el Estadista que, con mano firme, acometió empresas de salvación pública, y dejó un sendero abierto a la labor honrada y patriótica que México necesita de sus hombres públicos. Oímos también todo lo que la Revolución piensa y siente de sus enemigos que alevosamente cortaron en plena madurez tan preciosa vida, enemigos que están en pie quizá dispuestos a continuar su obra, y a quienes debe tratarse más que con ánimo generoso, con desconfianza y con recelo, que es la actitud pareja de su doblez y villanía.

Allí estuvo también presente, cubriendo el monumento del héroe con alas de gratitud y de noble admiración, el elemento juvenil de nuestra sociedad, indicando que en la zona formativa del alma futura ha penetrado el prestigio dominante de la obra de un hombre superior a quien las generaciones actuales deben lo que puede sintetizarse en afirmación nacionalista, en paz organizada, en sistema para arrostrar el porvenir.

Esto que la Capital escuchó como himno glorificador fue —como puede verse por toda la prensa— manifestación general en toda la República, en demostración clara de que la memoria del general Obregón ha traspasado el límite de los héroes de partido para convertirse en símbolo nacional.

Esto hace que una vez más lo declaremos el héroe máximo de la Revolución y su sombra tutelar. En esta región de las sombras y de los símbolos, las pequeñeces del hombre se esfuman, aun los rasgos fisionómicos se subliman y nos queda algo universal, que se agrupa en el altar de la veneración con otras sombras igualmente miríficas, que exalta poderosamente nuestro aliento y que nos llena de inefable orgullo. Es el valor más alto que es dado alcanzar a los hombres mortales por la obra que realizaron entre sus semejantes y por el ímpetu con que acometieron al Destino.

En este caso se ve claro que los caracteres nacionales del héroe van identificados con los principios que sostuvo, con las teorías que sustentó, con la causa que defendió; y la universalidad de su glorificación da cuenta de que esos principios y esa causa y esas teorías, han rebasado también las fronteras de un grupo, por numeroso que sea, y han arraigado en la conciencia pública como basamentos de una sociedad que se siente en ellos apoyada.

Al dar esta significación al homenaje último, ante las cenizas del recuerdo de un héroe sacrificado, no creemos exagerar la trascendencia que estos actos tuvieron para la fe revolucionaria, para la comprensión general de este estado de evolución del país que así se ha determinado por la unión de sus fuerzas vivas en busca de fórmulas más precisas y de realidades más concretas. El país entero ha demostrado esta vez que lo que se divulga con la palabra Revolución no es para él una campaña de propaganda ni una voz polémica, sino que constituye una etapa histórica integral y desarrollada que abarca la vida total de la Nación, señalada inequívocamente, con rasgos indelebles, de cualquiera otra época antecedente, y por esto misma llena de la singularidad que personaliza a los hombres y a los tiempos en el proceso historial en que tiene que registrarse el paso de las generaciones.

La Revolución, como es sabido, tiene su martirologio y apenas habrá región o ciudad y aun pequeños poblados, que, en esta lucha enorme que México ha tenido que sostener durante los veinte últimos años, con el pasado, en todos aquellos aspectos de importancia social, no pueda presentar uno o varios nombres de espíritus abnegados que, salidos a veces de las capas más humildes, tuvieron la intuición de las necesidades de la Patria y se arrojaron a la acción para protegerla y remediarla. Unos en la lucha militar, otros en la de las ideas, todos dieron a su terruño algo que ahora, ya pasada la contienda y llegados a la era reconstructiva, ha servido para que su recuerdo se dignifique y se guarde como presea y también como símbolo. Pero ninguno de esos hombres había alcanzado la glorificación nacional para pasar a la categoría de héroe representativo.

El general Obregón, siendo un hombre de nuestra época y de nuestros días, ha tenido esa consagración, más que por su papel de víctima propiciatoria ante los altares de un fementido Dios de venganza, por su inmensa obra tanto en la destrucción de los obstáculos que se oponían a la marcha de las nuevas ideas, como en el aliento y fecundidad para suscitar cada vez mayor energía en la renovación ideológica que el progreso de la Nación demandaba.

Como Jefe militar —según se recordó en las oraciones de antier— no sólo tuvo los aciertos del mando, ni el consorcio fiel con la victoria, sino que siempre dirigió su acción, sin titubeos, contra el enemigo de la causa nacional. La elevación de su espíritu de estadista lo convirtió en un soldado excepcional, que al mismo tiempo que sembraba la muerte en los campos de batalla afirmaba el reinado de los nuevos principios de orden social en el alivio de la condición de las masas trabajadoras y en la reivindicación de fundamentales principios de orden político que la vida nacional urgía para salir del atraso imperdonable en que se encontraba.

Su afán de educar y de mejorar la vida de nuestros obreros y de nuestros campesinos, y la idolatría que supo granjearse en el ejército, hicieron de él, en vida, el hombre necesario para disolver las discordias fraternas siempre que aparecían, y, llegada la época de mirar en torno para elegir a un Jefe de Estado tuvo que recordarse su gestión presidencial anterior cuando ya él estaba entregado, cordialmente, como un nuevo Cincinato, a la labranza de su campo. Hasta allá, hasta sus tierras de Sonora, fue la voz de la República a llamar a su salvador de tantas veces, y el ejército y el pueblo quisieron ungirlo nuevamente con el voto de aquiescencia para ocupar nuevamente la Primera Magistratura. Ya entonces se sentía él identificado con su nación y, con ademán de patriarca, en que no se traducen ambiciones, se resolvió una vez más a dejar sus dioses familiares —que tan caros siempre le fueron— para satisfacer la voluntad de sus conciudadanos.

Aquí también se probó su destino heroico. Libre de toda turbulencia interior, dictando cartas a su hijo llenas de moral y de experiencia, como un filósofo antiguo, a las puertas de su segunda gestión política, el disparo leve de un brazo tenebroso lo arrojó en las sombras de la muerte; pero la Gloria, más poderosa que ellas, acaba de resucitarlo, como un símbolo de la Revolución, para la República entera.